

REIVINDICACIÓN DE MANUEL MACHADO

UN GABÁN RAÍDO fue la prenda que Antonio Machado más usó en los días de invierno. Las solapas de su americana estaban casi de continuo llenas de ceniza, y su hermano José nos ha transcrito la explicación que daba el poeta a quienes le advertían de su descuido: "Como estoy grue-

FERNANDO ORTIZ

so y me inclino para escribir, lo primero que encuentra la ceniza del cigarro al caer son las solapas y, una de dos, o le quitáis las solapas a la americana, o las solapas tienen que mancharse a la fuerza". Una capa verde, de buen paño, era la clámide andaluza de Manuel. La capa se la había traído, como regalo y presente de Sevilla, Gómez Carrillo, el exquisito periodista de moda, cuando fue a esa ciudad en viaje de novios con Raquel Meller. El mismo Antonio nos habla en unos versos de su "torpe aliño indumentario". Manuel, en su magistral poema *Adelfos*, nos advierte que "de mi alta aristocracia dudar jamás se pudo" y, en su *Retrato*, de su elegancia "buscada y rebuscada". No hay nada más concluyente que la manera de llevar el sombrero. El garbo de Manuel —que con frecuencia se tocaba con el sombrero de ala ancha— y ese cubrecabezas propio de boticario rural que llevaba Antonio. Y sin embargo...

Sin embargo, los dos eran hermanos. Se habían criado en el seno de la misma familia. Habían cursado —en los primeros y decisivos años de formación— los mismos estudios en idénticos colegios. Y luego, la guerra. Para unos, Manuel, el malo; para otros, Antonio, el bueno. El señorito andaluz y el poeta del pueblo. El azul y el rojo. Así, aquellos dos hermanos que tanto se quisieron y respetaron y escribieron al alimón obras de teatro, nos fueron mostrados como dos maneras opuestas de entender la vida, de entender la poesía, de entender la política. Pero, ¿quiénes forzaron a dos intelectuales de clara ascendencia liberal a los que repugnaba ver el mundo sólo de dos colores —tanto al escéptico poeta de *Adelfos* como al socarrón Juan de Mairena— a elegir entre el rojo y el azul? ¿Quiénes, una vez hecho esto, nos presentaron a los dos hermanos como dos fuerzas antagónicas? Fueron tanto los unos como los otros. Los españoles, o somos compañeros de armas, o nos alineamos en las filas contrarias. Feroz e hispánica manera de entender la vida. Feroz e hispánica manera de no entendernos nunca.

Y no es que no fueran en muchas cosas diferentes. Claro que lo eran. Ningún ser humano es idéntico a otro ser humano aunque, desde que se produjera la *rebelión de las masas* diagnosticada por Ortega y el hombre tiende a ser cada día más un objeto de uso y el libro un objeto de consumo, resulta ésta una verdad, como diría Mairena, "tenebrosamente clara". Y ya que hemos citado a Mairena, recordemos algunas otras palabras suyas que, por encima de contingencias, es posible que suscribieran por igual los dos hermanos: "Por muchas vueltas que le doy, no hallo manera de sumar individuos"; "porque no he dudado nunca de la dignidad del hombre, no es fácil que yo os enseñe a denigrar a vuestro prójimo. Tal es el principio

inconmovible de nuestra moral. *Nadie es más que nadie...* Por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre".

Fueron diferentes, y cada uno de ellos tuvo una poética distinta. Manuel es un poeta más moderno, y Antonio más hondo y eterno. Antonio Machado pertenece a esa reducida nómina de artistas —pensadores que no pretenden ser innovadores ni revolucionarios. Lo que no quiere decir que no sean hondos y grandes poetas. Juan Ramón Jiménez, al hablar de Antonio, señala acertadamente que es de la misma estirpe que San Juan de la Cruz. Antonio no renueva. Se limita a hacer poesía. Nada más, pero nada menos. Incluso —prueba de sus gustos tradicionales— en el paisaje prefiere lo rural. Hay un excelente ensayo de Rafael Pérez Delgado, titulado "Los clásicos en Antonio Machado", que nos ha hecho ver cuánto le debe Antonio a poetas como Horacio y Virgilio, que tanto y tan bien reflejaron la naturaleza en sus versos.

Pero ¿por qué es Manuel un poeta más moderno? Me explicaré. Es un lugar común que la poesía moderna en nuestro siglo y en nuestra lengua es renovada y puesta al día por Rubén Darío, el gran nicaragüense. Pienso que es conveniente matizar ese lugar común. Rubén, ciertamente, innovó la métrica e introdujo en nuestra lírica un siglo de poesía francesa, desde Hugo hasta los simbolistas. Pero quien la sometió a más profundos cambios internos fue Manuel Machado. Nadie ignora que la poesía moderna comienza con Baudelaire, que inaugura en la lírica el tema urbano, el tema de la ciudad. Los versos de Baudelaire son, sin embargo, demasiado enfáticos y retóricos en su indudable esplendor. Los simbolistas franceses —especialmente Tristán Corbière y Jules Laforgue— aprendieron la lección de Baudelaire y se aplicaron a conseguir una poesía que no sólo hablara de la ciudad y del hombre de hoy, sino que también empleara su propio lenguaje, el lenguaje del hombre de la calle. Y esto lo consiguen algunos neosimbolistas creando un lenguaje deliberadamente prosaico, conversacional e irónico. Eliot, el poeta y crítico más influyente en la literatura inglesa de nuestro siglo, ha reconocido en numerosos textos su deuda con Laforgue y Corbière. Pues bien, Manuel Machado es quien introduce en la poesía española el paisaje urbano, el lenguaje no por elegante menos desenfado, coloquial e irónico. En el período de *El mal poema*, Manuel explora las posibilidades del prosaísmo deliberado en poemas como *El camino*, *A José Nogales, muerto*, *La canción del alba* y tantos otros. Esto es aún más meritorio en cuanto los precedentes en nuestra lengua son pobres y escasos. Dámaso Alonso, en su estudio *Ligereza y gravedad en la poesía de Manuel Machado* cita a Bartrina y a Campaamor. En

1938, a Manuel le interesaba por razones políticas que su poema *Castilla* apareciera como algo autóctono, exento de influencias extranjerizantes. Así figura, efectivamente, como primer poema del libro *Horas de oro*, abriendo la colección titulada *Poemas españoles*. Pero, como ya no estamos en 1938, no creemos perjudicar al poeta si decimos ahora que *Castilla* procede directamente de la lectura del poema *Hidalgo*, de Corbière:

...
Y el Cid se nos llegó como bailando, al trote.
Cuando me tuvo entre la pared y el garrote,
—¡Ah, señor caballero, mi palabra de honor,
un ocbavo le pido de binojos, por favor!
(En mi cuello pacía su jaco.) ¡Pobre bestia!
¡Le he tomado cariño! Si le causa molestia...

—¡Largo de aquí! —Señor, si quiera un cigarrillo...
La Virgen se lo pague... —Largo, si no... ¡Piedad
(era estribo de un pie desnudo mi bolsillo),
buen caballero, vea mi imposibilidad!
—Ea, pues, toma un cuarto. —Señor, siempre bendita
vuestra merced; perdono si le tuve parado.
Señora: y a ti, gracias, gracias por ser bonita,
bonita mía; ¡y gracias por baberme mirado!

Así que como fondo y forma se identifican en poesía, es precisamente Manuel quien primero expresa físicamente en nuestra lengua una nueva sensibilidad. Es decir, se trata del primer poeta estrictamente "moderno" español de nuestro siglo. No olvidemos, claro está, al Manuel que escuchó los violines de Verlaine, la flauta de Darío, y aun la zambomba de Villaspesa, que no son menos existentes y reales que el otro. Pero este Manuel que funda una nueva poesía tiene hoy una vigencia grande. Su influencia está viva en poetas tan diversos como Nicanor Parra, Jorge Luis Borges y Jaime Gil de Biedma. No hablemos ya del neopopularismo del 27, desde Lorca hasta Alberti, pasando por Villalón, Moreno Villa y Romero Murube. Y es que Manuel Machado es —junto con Juan Ramón y Darío— el fundador de la lengua lírica que usamos hoy en castellano.

¿Por qué, entonces, no se le ha reconocido esta deuda? Las causas son extraliterarias y creo que todos conocemos su procedencia. Sus discípulos más directos —que son los miembros de la generación del 27— se avergonzaron de la actitud cívica del maestro. Recordemos que Manuel se encuentra en Burgos —capital de los golpistas insurrectos contra la República— visitando a su hermana en 1936, y el 27 de septiembre de ese año se publica una crónica de Mariano Daranas en el diario *ABC* de Sevilla, donde se le califica de "funcionario y periodista del Frente Popular". Manuel, para evitar lo peor, extrema la nota: trabaja en el Archivo de Hacienda, en la Jefatura Provincial de Prensa del Estado, en la Oficina de Prensa de la Comunidad Tradicionalista. Habla por Radio Nacional de España y Radio Castilla, de Burgos. Escribe poesías religiosas y políticas. En 1938 publica *Horas de oro*, libro editado por "Ediciones Reconquista".

En el interior, poemas exaltando a Franco, Moscardó, Mola, José Antonio Primo de Rivera... Todavía en 1934, en el poemario *Cadencia de cadencias*, insiste de nuevo en la misma temática. En la sección "España" recoge su romance *Saludo a Franco* y otros poemas de similar factura. Se suceden las ediciones de unas

Poesías completas que sería más propio llamar "expurgadas"... No puede extrañarnos que los discípulos —los que aún permanecen vivos, pero en el exilio o en el destierro— renieguen del maestro. El mítico Rubén había muerto en 1916. Antonio Machado en 1939. Queda sólo Juan Ramón Jiménez en el destierro, y a él han de volverse unánimemente los poetas del 27 para reconocer su magisterio. Hay, naturalmente, excepciones. Moreno Villa, desde México, aun lamentando la postura cívica de Manuel, escribe: "No creo que sin Manolo Machado hubieran conseguido García Lorca y Alberti la desventura y la emoción gitana que consiguieron. A una gran parte de los poetas andaluces nos sirvió de estímulo, y es leal confesarlo en estas horas que no son las más amables para su memoria. Cuando algún día se haga el recuento de las influencias ejercidas por él y por Juan Ramón en las generaciones que les siguieron, veremos quién se lleva el mayor tanto." Es significativo que Octavio Paz dijera de Moreno Villa que es el primer poeta que escribe en castellano una poesía coloquial que es de verdad poesía. Esta observación, sin duda acertada, hubiera sido más exacta si —en lo que a la primacía se refiere— se hubiese aplicado al maestro en lugar de al discípulo. Pero Octavio Paz vivió la guerra de España y a veces la demasiada cercanía impide ver con claridad. Desde Argentina, Jorge Luis Borges proclamaba repetidas veces que Manuel Machado era el más grande poeta español de este siglo. Sus palabras fueron tomadas, invariablemente, como una *boutade* o una declaración reaccionaria. Sin embargo, en ellas había, sobre todo, la estricta honradez que implica el reconocimiento de una deuda intelectual. En el primer cuarto de siglo la influencia y el prestigio de nuestro poeta fueron tan grandes, que se le consideraba sin discusión uno de los dos o tres más grandes poetas de su época. Luego, un manto de negro terciopelo silencioso cayó sobre los hombros de don Manuel.

